

la objeción: la Asamblea no quiso valerse de tal argumento para abrir nuevamente una discusión, que había puesto en peligro la unidad y aún la existencia del Partido.

Parece que con tales elementos es más que segura la organización definitiva del Partido Católico.

III.

Encontramos otro aspecto digno de atención: el sentimiento político.

Sin suponerle ese sentido, no es fácilmente concebible un partido de principios, que no trata cuestión alguna relativa á ellos y que presta escasa atención á los programas que le son sometidos.

La explicación es obvia; los católicos no han vivido la vida política.

Si los demás ciudadanos han carecido de derechos políticos, han podido contribuir, con el desempeño de alguna función más ó menos aparatosa, á la apariencia de República que, con tan solícito cuidado, conservó el régimen anterior.

Pero los católicos han vivido la vida pública: la de los Congresos Eucarísticos y Agrícolas; la de las obras sociales cristianas; y algo han aprendido.

De ese algo procede el sentido político de que dieron muestra. En efecto, no cabe discusión en materia de principios religiosos, porque no es de la competencia de los católicos, sino en la Iglesia. Es estéril el debate sobre los principios orgánicos de la Nación,—los derechos individuales, la forma de gobierno, la división de poderes,—porque nadie los combate. No es conducente la discusión sobre las derogaciones de las leyes anticuadas y exclusivistas que nos vejan y nos oprimen, por es más necesaria la unidad nacional y el imperio del orden, que restaurar derechos, cuyo advenimiento podemos esperar.

Tampoco es útil la discusión sobre reformas en la legislación y en la administración, porque solamente existe la apariencia de un Poder

Legislativo, que no es realmente un Congreso.—¿A qué vendría el examen y recomendación de iniciativas, que solo serán fructíferas si son estudiadas y resueltas con serenidad y con la concurrencia de todos los partidos?

¿Qué trató entonces la Convención?

La única cuestión política que reclama resolución urgente: dar fin á este interregno lleno de peligros para la nacionalidad, para el decoro y el prestigio del país, para el orden social, para la tranquilidad de las familias y para la producción nacional.

Resulta, pues, que los católicos pospusieron sus reivindicaciones; que se desentendieron de las reformas sociales y económicas, que dividen á los ciudadanos; que reservaron sus opiniones para cuando puedan ser emitidas en los Consejos de la Nación; y que sacrificaron sus inclinaciones personales en bien de la paz y en obvio de mayores males.

Ese es el sentido político de la Convención. ¿Acortó?—¿Erró?—No le ha preocupado eso. Todos los católicos sabemos que la Providencia ordena los acontecimientos y que el hombre coopera á ellos.

IV.

Revela otro carácter la Convención.

Pocos,—muy pocos eran los delegados partidarios del Señor Madero; pero ningún atendió á la propia inclinación; cada cual sufragó por el candidato que deseaba la mayoría de sus comitentes; y como la mayoría de los adherentes,—artesanos, labradores, obreros,—ha encarnado en el Señor Madero sus reivindicaciones, los delegados de esos adherentes emitieron los votos de sus representados en el sentido que éstos lo deseaban.

Y de ello resulta: que los delegados dieron prueba inequívoca de su lealtad, de su espíritu democrático

y del respeto al derecho ajeno, con lo cual queda demostrado que el Partido Católico Nacional profesa y practica los principios del Gobierno representativo, popular.

Como Convención de Católicos, comenzó con una invocación al Espíritu Santo y concluyó con un acto de gracias á la Virgen de Guadalupe.

Ni remotamente pretende alguno que las decisiones de la Convención sean fruto de inspiración divina; pero si creen y saben todos los católicos que esos actos religiosos infunden en ellos la serenidad y la rectitud necesarias para moer su voluntad en el sentido del bien.

Dios proveerá.

La Reinita.

I.

Julina fué siempre muy mimada de sus padres; é hija única, constituyó para ellos su dicha en este mundo. Jamás se preocuparon de que aprendiera nada de lo mucho que debe saber una mujer, y, cuando las pasiones alborearon en su alma, salía de casa sin licencia y sin aviso siquiera, y permanecía fuera el tiempo que quería, visitando amigas hasta por la noche. Pero ¿qué importaba? Así estaba contenta la niña, y estándolo ella, lo estaban sus ciegos y obcecados padres.

Por entonces sufrió Julina un cambio; y su gusto por las visitas y por los paseos en compañía de sus amigas, se trocó por la afición de la lectura. Y á leer... á leer siempre, de día y de noche, encerrada en un cuarto, ya sentada ó acostada, y hasta retardando los alimentos. ¿Pero qué leía? ¿Cuáles eran sus obras predilectas? Ella misma no hubiera podido contestar á esta pregunta. Cuando hubo despachado lo librería de su padre, escasa y disímbola, como formada al